

forma minuciosa, con gran escrúpulo y exagerado espíritu de cuerpo los callejeros intereses de la Empresa, con una disciplina tan férrea, que parecía que en él había un vestigio de un ancestro de algún recio coronel prusiano de la antigua Guardia Imperial de la Gran Alemania, o Jefe de Cosacos mucho más allá del Volga. Y por eso que sus subalternos al oír ¡Guarda que ahí viene el Terrible Vélez! ¡Guarda!, esa frase de precaución a ellos, les hacía el efecto de algo apocalíptico. De una cosa terrorífica, algo espantoso, tal como en una avanzada militar en una acción guerrera, el oficial al vislumbrar el evidente peligro mortal que amenaza a sus hombres, les grita rápidamente a sus soldados: ¡Tenderse!

Esa frase tradicional, que corrió de boca en boca entre los viejos tranviarios de: ¡Guarda que viene el Terrible Vélez! ¡Guarda!, equivalía a la misma reacción eléctrica espontánea que padecen todas las damas inevitablemente, cuando ellas en un numeroso grupo o corrillo, en voz baja... no hablan nada bueno de algunas de sus "amigas" o congéneres, y alguna voz sorpresivamente, con acento terrorífico y apocalípticamente grita: ¡huy!, ¡huy!, ¡un ratón!, ¡un ratón!

Sigamos, sorpresiva y diabólicamente, y como si hubiera salido en forma de un brujo maléfico de entre las piedras de esa esquina, hizo su aparición de todo su cuerpo físico el Terrible Vélez en la esquina de San Diego con Valparaíso. El maquinista al divisarlo, casi se le levantó sola la gorra de puro susto, en su puesto de guiar el tranvía, tanto era el temor que su figura real producía, y por la forma sorpresiva, satánica, que aparecía siempre, cual si fuera un rayo. Estos fenómenos atmosféricos no avisan ni se presiente su rápida aparición, tal como estos accidentes sorpresivos era visto y aparecía por doquier el temido Terrible Vélez. El maquinista, en un gesto de bien reconocida lealtad, compañerismo y humanidad, quiso avisarle a Timoteo, su compañero de trabajo y sudor, tocándole para atrás la campanilla de partida y parada del carro, como signo de atención y para anunciarle que se preparara a "capear el peligro" que se le venía encima en forma de la persona del Terrible Vélez, pero no pudo. La vista mil veces felina de ese par de ojos de águila que disponía este singular Jefe, no la despegó y la mantuvo perennemente encima del maquinista. Tal vez adivinándole la intención que bullía en el cerebro del conductor del tranvía, anticipándose al futuro gesto que desearía hacerle a su co-equipo, el cobrador, para que se pusiera en guardia

frente al peligro, y "lo madrugara". Decididamente para Timoteo ese día no había sido su día de suerte. Apenas subió a su carro, lo que él más temía sobre la tierra sin confesarlo: el Terrible Vélez, y ante su presencia ya consumada, su cerebro principió a idear la manera cómo ingeniarse y salvarse de que lo pillara este habilísimo Jefe, pues él llevaba un pasajero cobrado y sin boleto. Porque al revisarle el carro éste lo iba a descubrir y sería pillado por el tan temible Jefe, por eso Timoteo no perdió su clásica sangre fría, y acordándose de que en otras ocasiones peores se había hallado y había salido victorioso, se jugó como siempre se jugaba el todo por el todo. Al pasarle su carpeta al Jefe para que le revisara y fiscalizara si su carro iba en perfectas condiciones de cobranza, pues en esa carpeta se encontraba la hoja de control de los boletos que le daba la Empresa, Timoteo se introdujo al interior del carro con gran energía, con una postiza rabia, una ira artificial, y con un fingido y teatral enojo, se dirigió al hombre que minutos antes le había golpeado suavemente el hombro, y con el ceño enojoso y actitud dramática, con una potencia artística inmensa, le gritó, porque así fué, no le habló, sino que le gritó con una hosca, sonora y voluminosa voz:

— "¡Oiga, ñor!, ¿usted no sabe que hay que pagarle al cobrador cada vez que se sube a un carro? ¡Subió el perla y se me corrió como un anguila pa'ca elante, pa no pagarme y viajar a "la guerra"!, y después me sube un Jefe y yo pago el pato, porque me "aforran un parte" por causa de ellos, ¡los lindos!, ¿ah?" —terminó diciendo estas falsas palabras que rebalsaban sutil demagogia barata.

Todos estos efectos sonoros de su voz Timoteo los hacía con el fin preconcebido, para que todas las postizas exclamaciones de enojo las oyera el "Terrible Vélez", Jefe que estaba detrás de él pendiente del suceso para actuar. Cortó Timoteo Villalobos un boleto del rollo con fingida rabia y se lo alargó al hombrecito, dándose maña en su habilidosa mano, haciendo la real forma como que recibía el importe del pasaje del hombrecito, retado y humillado artificialmente por él mismo, para darle "color" a la escena, y hacer el teatral papel ante su Jefe de estar "enojado" por la frescura de ese "descarado pasajero", sin pizca de vergüenza, que quería viajar sin pagar, y todavía quería burlarse del cobrador. ¡Habiase visto desfachatez igual! Lo hizo tan a lo real todo y tanta alma le puso a su ficción Timoteo, que el asustado y vilipendiado pasajero

creyó que éste era otro cobrador, o que éste estaba equivocado. Pero cuando se fijó bien en él y éste le metió el boleto a su mano con una imperceptible guiñada de ojo, vino a caer que el "responso", que le había echado, era un bluff, un vulgar "tongo". Era por "no dejar no más". Que todo era una de sus tantas tretas para "sacarse" el cobrador la falta delante del Jefe, que oía y presenciaba la bien hecha y representada comedia.

¡EL PRIMER PARACAIDISTA QUE HUBO EN CHILE!

No sólo con el elemento masculino era "Terrible" el Jefe 17, también con las del sexo contrario que eran subalternas de él.

A Juanita Pérez, Cobradora N° 203, mujer de unos 32 años, agraciada, pero muy enojona y severa con los que se propasaban en piropoarla, le tenía mucha ojeriza y mucha "tirria" el Jefe Inspector N° 17 "Terrible Vélez", según decían por "incompatibilidad de carácter" de ambos, es que el Jefe en una ocasión quiso aprovecharse de su jerarquía, de sus galones y su grado, para requerirla de amores no muy santos a su subalterna simpática Cobradora 203. Como ésta le era fiel en el pensamiento y en la práctica a su "hombre" que tenía por ahí fuera de la Empresa, lo dejó con 4 palmo de narices y bien calabaceado a su Jefe el "Terrible Vélez". Este tomó su represalia calladito, pensando echarle en alguna ocasión toda la fuerza de sus grados encima a esa indiferente y mal agradecida Cobradora con su Jefe 17. La Juanita Pérez tenía turno estable en la Línea 1 Alameda, que corría en toda su extensión por esta ancha avenida de subida y bajada. Un día trabajando en un carro Imperial, llamados así por tener éstos dos pisos, abajo era la sección para gente pudiente, pasajeros que se animaban a cancelar los 10 centavos del valor del pasaje, y arriba "La Imperial", o sea el 2° piso del carro, valía un cinco. Claro que aquí en Invierno y Verano era para la gente pobre, y como este 2° piso era a toda intemperie, muy aireado, y demasiado ventilado, en verano subía gente que lo hacía por tomar aire fresco y no por ahorrarse cinco centavos. Además de ser agradable y fresquísimo, tenía la perspectiva de ir mirando de arriba la espléndida vista al panorama, las calles por donde pasaba el carro que se apreciaba desde ese lugar como un mira-

dor rodante, o como si se fuera arriba de un tejado de una casa movible, y ésta en movimiento atravesara calles y más calles, barrios y más barrios. El espectador, pasajero, iba sentado con regular comodidad, previo el pago de los cinco centavos que tenía que cancelarle a la Cobradora, la cual a veces podía estar en el 1er. piso o bien le iría a cobrar al 2º, subiendo por la enroscada escalera de caracol metálica, que eran éstas originales y novedosas en los carros. Por ahí subía la "Conductora" en busca del audaz pasajero que quisiera eludir el pago, o que tuviera intenciones de ir en calidad de ave, o sea de "pavo", no llevando el respectivo boleto.

A esta Juanita Pérez un día nefasto, "El Terrible Vélez" se le apareció de improviso en su carro, sin haberlo ella visto subir por ninguna parte. Se apareció sorpresivamente por la parte de arriba de la Imperial, con muchas ganas de hacerle la revisión y pillarla en algo "anormal". Se le veía en los ojos esa ansiedad de sorprenderla en alguna infracción. Si grandes y abiertos tenía los ojos "El Terrible Vélez", satisfecho de su hazaña estratégica de aparecer en ese carro sin ser visto por la Cobradora, más sorprendida y mayor tenía ésta sus ojos abiertos, espantados, sorprendida e inmóvil de sorpresa, mitad de miedo y mitad de misterio, por la sorpresiva presencia del diabólico y apocalíptico "Terrible Vélez". Este luego que hizo la revisión a los pasajeros de la Imperial, bajó por la caracoleada escalera para hacerle la revisión de los correctos y sobrios pasajeros de primera clase, con la sádica esperanza de encontrar uno que le dijera:

— "Yo le pagué a la Cobradora y no me dió el boleto". Frase ésta que era el summum de felicidad para él. Era por lo que siempre andaba detrás de alguien que la pronunciara. Era su dicha mayor. Era su anhelo hecho realidad. Fin que perseguía todos los días y a cada rato "El Terrible Vélez", porque para él ahí nacía legalmente, el derecho al correspondiente parte o informe que detallaba la infracción con lujosísimos detalles, que tan hábilmente habría brujuleado.

La Juanita, Cobradora antigua, ya conocía todas las tretas que se valían los Inspectores para "cazarla" (1), y las que hacía "El Terrible Vélez" para hacerle sus pilladas. Pero jamás había visto ésta, ella se preguntaba sola:

— "¿Por dónde habrá subido este diablo?"

(1) Sorprenderla en una falta o infracción.

—“¿Cómo apareció por arriba de la Imperial?”

—“Pero cómo?, si por aquí no subió, ni por delante tampoco?”

—“¿Pero cómo rediablós lo hizo este condenaó de hombre?”

203. Todo este soliloquio se lo hacía Juanita Pérez, Cobradora que no acertaba darse ella una explicación más o menos pasable, que le solucionara este hecho increíblemente raro que la tenía con razón intrigada. No pudo nunca comprenderlo. Sólo al cabo de un tiempo después vino a saber la Cobradora la exacta realidad de lo que ocurrió esa tarde lejana, y lo que en verdad le solucionó ese caso, que parecía inverosímil, sobrehumano y sobrenatural. Con ello descansó la mente de esa Cobradora, que desde ese nefasto día sólo al recordar le martillaban las sienes, temblaba con un escalofrío que disimulaba muy bien, y que pensó varias veces al recordar el hecho y se decía para sí estas cinco palabras refiriéndose al “Terrible Vélez”:

—“¿No será brujo este condenado?”

Lo que había pasado esa tarde era relativamente sencillo y simple; pero no mucho, porque para darse cuenta cómo lo hizo “El Terrible Vélez” subir a un carro... ¡sin haber subido! Era cosa que se podía decir, deletrear, pero que no podía ser. ¡Pero fué! relatar y contar eso sería un disparate, sino fuera acompañada la versión de la increíble forma que se valió para ser posible este imposible, fué así: “El Terrible Vélez” había subido a revisar un carro N^o 1 que hacía su recorrido por la Alameda de las Delicias. Estos corrían por el medio de este conocidísimo paseo, en ambos costados de subida o de bajada por donde iban los carros encima de sus largos rieles, embutidos éstos en esta hermosa avenida. Pasaban los tranvías bajo las sombras gentiles del follaje de los altos árboles que frondosamente adornaban esa gran arteria reliquia Colonial y punto básico de la Capital. Al pasar junto a ellos La Imperial de los carros, topaban sus ramas y ganchos de esos árboles, con el techo y lados laterales de su 2^o piso, tenían que forzosamente pasar ellos por ahí como si pasaran bajo Arcos de Triunfo. Parecía que las ramas fueran brazos y manos de enamoradas novias, transformadas en árboles y enredaderas quizás en qué milenios. Porque sus ramas y ganchos semejabán los brazos de una enamorada dama, que invitara audazmente tocándolo y rozándolo al pasar a ese galán hecho de fierro, tan indiferente, y que pasaban tan juntos a ellas tan continuamente. Sin embargo, seguían tan de largo sin pizca de interés en ellas, ni fijarse en tan

cariñosos saludos y demostraciones de amor tan a lo vivo que exhibían, al rozarles con sus ramas cual manos juntas a los fríos y prosaicos fierros del retumbante tranvía, que a cada rato al pasar tomaba contacto involuntariamente con ramas de grandes árboles ahí apartados a la orilla. Después de haber revisado concienzudamente este carro por la parte de La Imperial "El Terrible Vélez", abandonó éste, pero no por la parte usual de descender del carro, ¡no!, no bajó por ninguna de las partes apropiadas para tal efecto, sino que desde arriba de La Imperial, levantó ágilmente las piernas una tras otra por entre las barras y tubos de fierro horizontal laterales de ese 2º piso, se salió del carro, y aprovechó que éste estaba detenido frente a uno de los numerosos árboles, como estaban tan cerca que pasaban rozando sus ganchos a los fierros del tranvía, se tomó hábilmente de uno de los más salientes y audaces ganchos, y trepó al tupido follaje de un grueso álamo, y consumó el abordaje aéreo más original que se hubiera visto jamás en la Alameda. El carro siguió su soñoliento andar hacia Alameda arriba, a Plaza Italia; pero el Jefe 17, "El Terrible Vélez", también siguió arriba... pero en un torcido y nudoso pero firme gancho del árbol. Aunque ahí su colocación no era muy cómoda para un Inspector Jefe, ni en la plenitud de la acepción un confortable refugio, pero a él le importaba un pepino eso, había conseguido su objetivo, quedarse ahí en el cogollo de ese árbol mimetizado en forma estratégica para caer de sorpresa y abordar cual anticipado paracaidista el objetivo de ataque, el cual no era otro, ¡no podía ser otro! que el indefenso próximo tranvía, el cual "El Terrible Vélez" lo abordaría y se le tiraría "al abordaje" estratégicamente por la parte alta del carro, por La Imperial. El lugar que menos se pensaba el personal por donde les iría a subir, tomando de sorpresa, ¡y qué sorpresa! al Cobrador o Cobradora que viniera trabajando en él.

Así fué como "El Terrible Vélez" abordó ese carro por la parte más inverosímil e increíble que se podía efectuar, por el techo de La Imperial, y que dió la mala suerte ser éste el carro de la Juanita Pérez, el predestinado de ser elegido para abordarlo en ese novel estilo y nueva forma. Por cuya causa esta Cobradora nunca jamás dejó de cavilar y pensar: —"¿Por dónde diablos y por qué parte del carro había subido este barrabás de "El Terrible Vélez?". Cuando a éste se le pilló la treta que tenía para pillar Cobradores que venían trabajando en forma "non sacta". Dada

la coincidencia dudosa y sugestiva que daba mucho que pensar, que sólo en la Alameda y en la Avenida Providencia eran los puntos elegidos por donde aparecía comúnmente, como acto de prestidigitación o arte de magia, arriba de los tranvías el temible "Terrible Vélez". Pero al fin fué descubierta su táctica, pillería y triquiñuela que hacía con la complicidad de los altos y viejos árboles que circundaban las cunetas vecinas a la línea férrea de los tranvías santiaguinos.

Usaba esos inocentes y añosos árboles cual modernas catapultas para dejarse caer este terrible Jefe sorpresivamente sobre su esperada presa, ¡el tranvía!, y sorprender a sus confiados tripulantes, maquinistas y cobradores, con las manos bien metidas en las masas. Fueron momentos de jolgorio para todo el gremio tranviario santiaguino cuando se corrió la noticia que al Terrible Vélez se le había descubierto su antigua inhumana y estratégica treta de su aparición fantasma en los carros. Y al divulgarse la simple maniobra que hacía, de dejarse caer desde arriba de los árboles al carro a la pasada, toda la familia tranviaria descansó, y al mismo tiempo celebró la infantil y simiesca modalidad del terrible Vélez. Pero la cobradora que más se alegró de esta pillada que le hicieron al terrible Jefe, fué la Juanita Pérez. Tuvo ella un gran alivio, pues con eso descansó su cerebro, su mente se despejó y reposó de lo que no dejaba de pensar, y firmemente creía, desde aquella lejana tarde en que se presentó en su carro, como un brujo, el Terrible Vélez, y desde entonces, a pies juntos creía que este galoneado y bigotudo Jefe podía tener pacto con Belcebú el malulo y el Cachúo Diablo.

¡ABAJATE CHIQUILLO E'MIECHICA!

Así como tenía sus días de gloria, triunfos y éxito el temible y Terrible Vélez, así también, como figura humana que era, tenía bemoles en contra, y tuvo días pocos felices y fatales. Porque si esto no es fatal y desgraciado lo que le pasó un día de Septiembre, significa que éste no existe en todo el sentido de la palabra. Pero para ese terrible Jefe, ese aciago día existió, y la cosa pasó así:

Una cobradora de muy mal genio, que laboraba encima de la plataforma de los carros, era Lastenia Jara, tenía placa N^o 220, más conocida en el bullicioso gremio de tranviarios santiaguinos

con el apodo gracioso de "Boca de Guagüita". Se asimilaba mucho a la definición de este sobrenombre, y tenía cierta significación natural y lógica el apodo a esta cobradora, le daba inmensa razón y justificación, ese nombre con el que la habían bautizado sus compañeros en forma cariñosa. Pues esta cobradora tenía su boca totalmente desprovista de dentadura, ni más ni menos como la tiene una guagua. En eso tenía una similitud extraordinaria. Esta cobradora era ancha de espalda, morena de cutis, con sus 40 años encima de su esqueleto. Tenía un carácter irascible, a pesar de esto, tenía marido. Cuando por casualidad se reía dejaba ver su boca desdentada. Algunos atrevidos compañeros suyos decían que cuando ella se reía, se le veía hasta la campanilla.

"El Terrible Vélez había tenido con ella, como con tantas otras cobradoras, "éxito" siempre. Siempre la pillaba revendiendo boletos, o cobrar y dejarse para ella el dinero, ahorrándose cortar boletos del rollo, y todos los manipuleos dudosos relacionados con ellos. La había "aforrado" (1) infinidad de veces, esto es, la había acusado de sus innumerables infracciones en que había incurrido con razón o sin ella, por olvido o con intención, dando cuenta de esto en informes por escrito a la Superioridad de la Empresa. Eso era "aforrar" en vocabulario y jerga tranviaria. Esa noche del caso aciago, nuestro Terrible Vélez andaba escaso de partes. Sus pesquisas hábiles le habían fracasado, y trataba por todos los medios imaginables humanos o inhumanos de pillar alguna falta siquiera. Por dos razones que para él eran primordiales: 1º para justificar el puesto que desempeñaba, y 2º, para conservar ante la Superioridad el prestigio de su cargo, pues lo consideraban el mejor cautelador de los intereses de la Empresa en la calle. Y estos no estaban nunca en tan buenas manos, y de su total fiscalización, como cuando recorría las dormilonas calles santiaguinas, preocupado fanáticamente de su labor y cometido, un hombre como de 35 años, regular porte, cuyos detalles de su figura física eran inconfundibles. Tenía unos enormes bigotes como manubrios de motocicleta, cuyo poseedor de estos atributos, iba enfundado en un azul uniforme, y en su recia gorra sus bien ganados y peleados par de galones dorados como jinetas de Sargento Primero. Cuando este hombre, que era el Terrible Vélez, estaba de servicio por las calles de Santiago, podían estar seguros los altos Jefes y Accionistas

(1) Aforrar (pasarle parte).

de la Empresa de Tracción de Santiago, que cobradores y cobradoras "recortarían" y "robarían algo", pero no tanto.

Parado una noche estaba en la Alameda esquina de San Diego, en la vereda oriente. El alumbrado de ahí era muy deficiente y le hacía complicidad al Terrible, le servía como un biombo natural para no dejarse ver por los cobradores y maquinistas, que evidenciarían su presencia física terrible en ese punto. Amparado por este valiosísimo natural detalle el Terrible Vélez se aprontaba ya a entrar en acción funcionaria cuando apareciera el primer carro a la vista. Tocóle la mala suerte, precisamente que viniera en él trabajando la cobradora "Boca de Guagüita". Agazapado el Terrible Vélez, amparado por la poca visibilidad, se tomó de este carro de la parte trasera, donde iban los salvavidas y las direcciones. En esto de variar sistema para su trabajo "El Terrible" no reparaba en medios. Fueran éstos ridículos o risibles, él actuaba no más. Al tomarse de tan poca grave parte del tranvía, tuvo la inteligentísima precaución de que la cobradora no lo fuera a sorprender ni lo viera tomado atrás en tan infantil posición, imitando a los suplementeros cuando urgidos éstos por sus labores periodísticas, tratan de viajar en carro burlando el pago del pasaje la vigilancia, actividad y celo funcionario de los cobradores. Así en tan inconfortable y nada elegante figura iba el "Terrible Vélez", con la esperanza de ir ahí pegado como un tábano, encogidito, preocupado que no le fuera a divisar su gorra la cobradora espiada, y así, haciéndose con su cuerpo uniformado un ovillo para no ser delatado por su humanidad física, fué transportado como un vulgar paquete de ropa. Pero fué voluntaria y funcionariamente así, como un jerárquico Jefe de la Empresa de Tracción de Santiago, iba viajando simbólicamente disfrazado como de muchacho "palo-milla" santiaguino. Haciendo una hábil pesquisa por siaca... acaso a la cobradora "le tincara" no darle boletos a los pasajeros, o si al bajarse éstos, ella se los recibía con evidente fin de volver a revenderlos a nuevos y flamantes pasajeros. Táctica ésta a la que los pasajeros estaban ya muy exteriorizados; consideraban tan normal y natural la costumbre que los pasajeros les dieran como contraseña sus boletos al bajarse a los cobradores y cobradoras, y que si por rarísima casualidad en alguna ocasión hubiera habido cobrador alguno que cometiera la locura y escandaloso disparate de no aceptarle a nadie los boletos que les daban los pasajeros al llegar al fin de su viaje, era ametrallado, aniqui-

lado, fulminado a improprios, insultos, groserías con anchas palabrotas de grueso calibre, acepciones que en ningún Diccionario de ninguna Editorial aparecen, pero que todo el mundo las tiene reconocidas. Por ejemplo, así por el estilo:

—“¿Qué no querís recibir el boleto? ¿Qué soy acaso vó accionista de la Empresa?” . . . , y otras frases siguientes ofensivas, que comúnmente se les oye decir a los carretoneros borrachos. Pero felizmente y por suerte para los oídos de mucha gente, estas escenas y groseras palabras en el aire eran escasas, pero muy escasísimas, tal como escasos eran cobradores y cobradoras que no recibían o “revendían” boletos . . .

Mientras el tranvía Matadero con su estrepitoso ruido metálico corría a su destino por la calle San Diego hacia el Sur, el Terrible Vélez seguía e iba pegado como lapa marina en la parte posterior del carro, observando sin ser observado todos los movimientos y manipuleos de las manos de la cobradora 220, honradez funcionaria puesta en dudas por la perspicacia de este Jefe. El carro corre que te corre, y el Terrible Vélez observa que te observa, vulgarmente “sapea” que “sapea”, las más mínimas acciones y actitud de la cobradora, listo el ojo en cuanto ella cometiera el desliz de “no ser honrada”, él se le dejaría caer como bomba sobre calentito. Pero en un momento fatal para él, la cobradora Lastenia Jara, sin querer, lo sorprendió en tan ridícula posición al mirar vagamente hacia atrás por el vidrio. En el acto lo reconoció y casi se heló de miedo e impresión. ¡Era él! ¡El Terrible Vélez en persona!, que a no dudar venía ahí pegado “sapeándola”, para poder pillarla infraganti con las manos en las masas, en posibles “tentaciones” en su recaudación. Ella, cobradora vieja, fogueada en momentos apremiosos, no hizo ningún aspaviento, ni se inmutó, exteriormente se comprende, y entredientes exclamó una frase criollaza: ¡Miren como viene sapeando este hijo e una gran p . . . !

Para no dar alarma y dar efectividad a lo que rápidamente se le vino a la cabeza, y darle rienda suelta a una sutil venganza que tenía embrionada hacía mucho tiempo en su subconsciente en contra de este Terrible Vélez, quien tantas veces la había “aforrado”, y tanto que la “jodía”, según decía ella misma en su simple vocabulario vulgar, muy distante de las normas de Ortología o de cualquier punto de la Gramática Castellana. Fingiendo la cobradora 220 como que estaba totalmente despreocupada, tomó solapadamente con sus manos en forma lenta para no ser descu-

bierta, el extremo del cordel que iba amarrado la gruesa cuerda del tomacorriente, y que la punta de abajo iba enlazada en el volante de la palanca que aplicaba frenos al carro, esto era en la plataforma trasera, sitio en que habitualmente iba de pie en su puesto el cobrador. Con una paciencia de orfebre renacentista, ocultamente principió a hacerle nudos y más nudos al extremo de la sogá la cobradora espiada. Con un fin premeditado, que se adivina, le hizo tantos nudos mientras el carro inocente se deslizaba por sus rieles hacia el Sur de Santiago, que ese extremo del cordel quedó hecho como una contundente cachiporra, cuyos futuros golpes que con él se aplicarían, se podría muy bien usar y apelar a ella como defensa en un acto de agresión. Bueno, esto mismo ella lo ideó y pensó ponerlo en práctica, y quiso cerciorarse de su efectiva contundencia y reciedumbre de sus impactos, que éstos debieran caer en el objetivo que ella Lastenia Jara, cobradora 220, pensaba dejárselos caer sin compasión alguna sobre la cabeza de su Jefe superior jerárquico, "El Terrible Vélez", alto Jefe que, en esos precisos instantes, venía sugestivamente muy cerca de ella, estafalariamente cerca, en... "comisión de servicio". Tomó la cobradora la cuerda con su diestra con firmeza, aprestándose para ponerla luego en acción. Mientras en su femenino cerebro por anticipado pensaba, que había llegado el instante preciso de tomarse la revancha tantas veces anhelada y esperada. Se tomaría la venganza en gran forma, con la agradable ventaja que quedaría impune, sin base ni asidero, para que la castigaran por tan audaz desacato y grave indisciplina de hecho contra un Jefe superior. Como lo pensaba lo hizo vertiginosamente.

Como esto sucedía en una noche oscura, sin luna de ninguna fase, ella teatralmente hizo como que no veía ni apreciaba quién era el que venía colgado de la parte trasera de su carro, y sorpresivamente con la cuerda llena de contundentes nudos a manera de látigo o chicote, principió a azotar la cabeza del intruso que venía pescado atrás, que no era otro que su Jefe "El Terrible Vélez". Le principió a dar de cordelazos con tanta saña y energía varonil, y con una constancia de golpes asombrosa de duros nudazos, que parecía que su mano y brazo, actuaba en forma mecánica a tantas revoluciones por minuto. Estos secos, dolorosos y sonoros golpes, iban todos a morir en la pobre cabeza del "Terrible Vélez", estrellando y remeciendo el cráneo de tan celoso Jefe galoneado, cuya tapa de los sesos, aunque resguardada con el azul

pañó de la gorra, ella era el yunque con que se ensañaba la fuerza de los nudos hechos en el cordel, del tamaño todos la forma más o menos como lo es una natural bola de billar. Y para hacer más real la escena en que ella había confundido a su Jefe Inspector, con uno de esos chiquillos andrajosos y palomillas que eran comunes y que continuamente se tomaban de los carros "palomillando", sincronizaba con cada seguido chicotazo, que propinaba con todas las fuerzas que disponía y era capaz la cobradora 220 de sus músculos y brazos, con unas palabras a manera de responsos y reproches enojosos, con postizas palabras de blasfemias, que le salían de su boca tan acompasadas con cada golpe que le asestaba, para que le sirviera de experiencia y tomara escarmiento "este chiquillo", y le gritaba así a voz en cuello:

— "¡Abájate, chiquillo e'm... , que el carro no es pa' jugar!"

— "¡Abájate, cabro e'porquería, que el carro no es pa' travesar!"

— "Abájate chiquillo palomilla, que esto no es pa' tandear!"

Con este original estribillo, y recitado por ella a cada seguidísimo nudazo que propinaba, sin mirar ni siquiera para atrás a indagar a quién era que se los machacaba. Azotaba y azotaba esa cabeza, sin tomarse ni las mínimas molestias de descubrir de quién era y cómo era la cara del que iba castigando sin piedad cuadras y cuadras. Porque ella adrede, con premeditación diabólica, le daba la partida al maquinista con anticipación, antes que fuera éste a parar con la otra mano que le quedaba libre, lo hacía para que no disminuyera su compañero la velocidad del carro, y no dejarle chance y ocasión que se dejara caer al pavimento el Terrible Vélez, y pudiera capear así el temporal de cordelazos llenos de nudos que estaba recibiendo sin pizca de compasión de su subalterna. Y lo peor era, que estaba inhabilitado para reprocharla. No podía reclamar. Sería reconocer su estrafalario modo y sistema de trabajo. Y como si todo se conjurara en desventaja suya y en su contra para el pobre "Terrible", no se podía tirar carro abajo y desprenderse para ahorrarse esa innecesaria paliza que le estaban regalando. Porque tocó la coincidencia para castigo de sus pecados, que a la línea por donde corría y casi volaba el carro como alma que se llevara el diablo, le estaban cambiando y renovando sus durmientes, y en el trecho entre las dos paralelas de vías, habían por esta causa profundos hoyos y heridos naturales, por el mismo carácter de la reparación, ha-

bía en ellos un sinnúmero de fierros, pernos de puntas de evidente peligro, que afirmaban éstos la línea con seguridad, afianzándola luego con una capa de adoquines. Y el Terrible Vélez, para evitarse doblarse una pierna, zafarse un tobillo, fracturarse alguna de sus necesarias rodillas, o enterrarse alguno de los innumerables mohosos pernos afilados, lo que con toda seguridad le habría ocurrido, por todos estos importantes detalles fué porque el Terrible Vélez aguantó íntegro el chaparrón estoicamente en silencio. En un segundo que disminuyó la marcha por rara casualidad el carro, aprovechó él y pudo tirarse carro abajo en la confianza de no lesionarse en esos profundos hoyos, que eran un anticipo de cualquier accidente grave. Y con la complicidad de la poca visibilidad, el Terrible Vélez optó por tomar una digna, honrosa, necesaria y urgente retirada de esa atrevida masacre que estaba soportando. Al tirarse a tierra abandonando el tétrico carro, lo primero que hizo fué sacarse la gorra para poder sobarse a gusto la cabeza, que se la habían azotado en tal forma y con tal desprecio a su jerarquía, que al tocársela en el acto palpó y apreció con las yemas de sus dedos, que varias hinchazones habían aflorado en su grave cuero cabelludo, y estos insolentes "cototos" eran tan elevados, y sus prominentes elevaciones eran tantas, que su cabeza se asemejaba a un criadero de hongos y callampas que se hubieran reproducido en esa tan curiosa zona de cultivo.

Tiempo después, comentaban este conocido hecho entre el gremio, y aseguraba un cobrador, haciendo un signo de la Cruz con los dedos de sus manos, luego de besarla y mirando hacia arriba, como un juramento, que él había sido testigo y había "aguaitado" al "Terrible Vélez" días después de este hecho doloroso para él, poniéndose su gorra con mucho misterio en un rincón solitario, con ayuda de un calzador de zapatos y un poco de polvos talcos que espolvoreaba disimuladamente al ruedo del tafilete de ella. De otra manera no le cabía ésta en la cabeza, a causa de tantos chichones y cototos, que llevaba y lucía tan humillada, jerarquizada y funcionaria cabeza.

LA CUESTION SOCIAL. — LOS CARROS PAGAN EL "PATO". — POR "KRUMIRO" TRAGO MUCHA AGUA DEL MAPOCHO

También en las iniciaciones en Chile de la "Cuestión Social" cuando principiaba el hervor del sentido de la unión y la lectura de algunos estudiosos que sus ojos habían leído al piloso escritor filosófico alemán Carlos Marx, y que a hurtadillas se habían devorado el volumen de "El Capital", y habían leído obras del líder alemán, fundador del colectivismo, Federico Engels, y esa semilla en forma de tipos de letras de molde ya estaba recién fructificando en algunos románticos idealistas, bohemios y magros santiaguinos, esas frases corrían de boca en boca, y las palabras: Proletario, Justicia, Huelgas y Reivindicaciones, empezaban a usarse mucho, reemplazando estas acepciones a las viejas y manoseadas de: Insurgentes, Revoltosos, etc. Y debido a estas frases sucedió que los carros pagaron "el pato" muchas veces, en el sentido que los líderes novatos y precursores de arengas de esos buenos años, en que ponían andar en el siglo XX, el vocablo de Emancipación de boca en boca, y acusando a los tranvías ser de propiedad de ese maldito "Pulpo" Mundial que se llama CAPITAL. La inmensa poblada de santiaguinos neófitos y novicios aún en estos menesteres de redención social, no sabían a qué atenerse, y los oradores fogosos, algunos con una buena cantidad de mechales, melenudos, casi eran una réplica de la cabellera del escritor ruso revolucionario Máximo Gorki. Y estos oradores revoltosos instaban al dormilón pueblo de Santiago a castigar a este pulpo de la capital, representado éste concreta y físicamente en los azules carros eléctricos de la "Pulpa Empresa Eléctrica". Y volcando el orador, incipiente revolucionario, toda la gama y vocablos que significara agitación y revuelta instó a que esos inanimados vehículos, que tenían vinculación y contacto de parentesco del Capital, se les diera un correctivo, y animando con todas las palabras de provocación al de la acción directa, el orador recomendó al pueblo: ¡A quemar los carros! Los oidores, con el nombre de chusma, se trocaron en peligrosos aspirantes a revolucionarios, y volcaron en plena Alameda y otras calles a los modestos y serviciales tranvías eléctricos. Queriendo algunos audaces prenderles fuego que no se hizo efectivo, por no encontrar oportunamente parafina

que cooperara con los deseos de estos nuevos **Nerones santiaguinos**. Y en esas primeras revueltas sociales que prosperaban en la capital a principios del siglo XX, en que incitaban a iniciarse al pueblo en la desconocida lucha Gremial y Sindical, y los primeros que pagaron el noviciado y "pagaron el pato" por esto, fueron los inertes tranvías. Porque el público de lo primero que echaba mano para desquitarse de la esclavitud y del "pulpeo" del Capital jera de los inofensivos y quietos tranvías! Aprovechaban los revoltosos el número mayor de lo que es una poblada, haciendo arrancar a sus tripulantes: maquinistas, cobradoras y cobradores, para evitar ser linchados. Y ese mismo pueblo santiaguino estaba tan revoltoso ese crítico año 1905 en que sucedían estos hechos aquí y consignados, como lo estaba en idéntica situación el sufridísimo y tiranizado pueblo ruso por su último Zar Nicolás II, último de los Romanoff, masacrado él y su familia 12 años después. El esclavo populacho ruso precisamente también tuvo revueltas y asonadas por las nevadas calles de San Petersburgo, igual como lo hacían aquí en la Alameda los santiaguinos con los inocentes y pobres tranvías. Y eso que aquí no habían Zares, ni familia de nobles imperiales, pero faltaba eso por lo que se pelea: La Justicia. Y ahí principió a alargarse los pantalones el populacho o pueblo santiaguino, con la culminación del simbólico año 1920. Pero no sin antes cometer tropelías y llegar hasta el tupé de dar vueltas los carros, dejando a estos mudos vehículos "patas pa arriba".

En el Puerto, conocido con más nombres de pila que un príncipe hijo de rey, como ser: La Ciudad del Viento, Perla del Pacífico y Ciudad de Nostalgia, total: Valparaíso, a principios del año 1920, por cuestiones de costo de tarifas, centavos más, entiéndase tal cual la palabra: centavo, y centavos menos, que no alcanzaba en total lo discutido a 25 centavos global, unos exaltados dieciséis porteños quemaron sobre sus líneas algunos carros tan modestos, como modestos fueron los espectadores que le dieron con estos, gratis ese espectáculo a los habitantes de los cerros porteños, que instalados como en el anfiteatro de un nuevo redivivo Coliseo Romano, observaron una noche el neroniano espectáculo de la quemada de los carros, reemplazando simbólicamente con estos vehículos, a la ciudad de los Césares, de las 7 colinas, que es sinónimo también de Ciudad Eterna: Roma, la ciudad quemada por Nerón.

Así, pues, estos sufridos carros, tanto en la capital como en la ciudad de los cerros, han sido los que han sacado la cara por el capital en tiempo de huelgas y clima revolucionario; ellos han "pagado el pato" por sus dueños. Estos vehículos son como una curiosa comparación, como los perros, aunque los maltraten, los flagelen y pisoteen, al llamarlo su verdugo castigador, solicito vuelve a él meneándole la cola, como si tal cosa, como si no hubiera pasado nada anormal. Estos mismos vilipendiados, descarrilados y a veces hasta reemplazantes de la leña como combustible, estos carros eléctricos, volvían a trasladar mansamente y movilizar quiera como se quiera, al mismo irascible pasajero, que hablaba peste de él, y hasta hizo amago de sacar un inocente fósforo para hacer de él una nueva pira e imitar el hobby que padeció en la antigua Roma el pirómano hijo de Agripina, que incendió Roma, y si nos hemos de atener a los documentos y testimonios exactos que nos cuentan la historia, esta quemazón fué un día 19 de Julio del año 64 de la Era Cristiana. Durando este desastre 9 días con sus noches, que parece ser fué el primer incendio intencional colectivo que ha habido en la historia. Gozando su incendiario Emperador con el "caluroso" espectáculo más que unas Pascuas, lleno de placer y júbilo con esta rara broma y cruel diversión, que observó este monstruo loco y deschavetado emperador romano, que fué Domiclo Claudio, más conocido en todo el mundo nada más que como Nerón, así a secas, Nerón. Y se le recuerda más por el inmenso montón del fueguito aquel que hizo, que por otras de su no muy recomendables acciones que realizó en su felizmente corta vida de 31 años.

Los albores de los años vecinos y cercanos al glorioso año de 1920, año que en todo el mundo se aprovechó del fin de la Primera Guerra Mundial, que nació del polvorín exactamente en la operetesca ciudad de Sarajevo el Domingo 28 de Junio de 1914, y que duró hasta el Lunes 11 de Noviembre de 1918, día que varias plumas y novedosas lapiceras fuentes, firmaron en unos severos papeles el Armisticio, poniendo fin a esta inútil guerra. Y en todo el universo todos los obreros y asalariados no se quedaron cortos en pasar a pedir lo que antes no se les ocurría pedir, ni menos exigir: sus derechos y más garantías en sus trabajos, por ser nor-

ma no ser oídos, y miradas como escandalosas sus peticiones de mejoramientos económicos. Pues como esto era mundial, también en Chile les tocaba el turno a los trabajadores. Y éstos principiaron a unirse, y ver modo de pedir mejores pagos y vislumbrar mejores días futuros en una mejor remuneración de salarios, cosa y objeto que no se habría conseguido sin la unión decisiva de todos. Y esto alentaba a los trabajadores, y el hecho que era la época de postguerra, momento propicio que no se presentaba muy a menudo, y lo aprovecharon para el éxito de sus llamadas reivindicaciones, palabra ésta que principiaba a inquietar y ocupar muchas veces muy a menudo en letras de moldes su acepción en los periódicos. Y todo el sistema tanto tiempo inmovilizado, se iría a renovar, y peligrando que entre la armonía del capital y el trabajo algo se podría conseguir y... tal vez dar "vuelta la tortilla".

En ese tiempo postguerrero, también los tranviarios santiaguinos consideraron que ellos tenían sus derechos postergados, y querían apegarse y aprovechar el clima que se apreciaba en el ambiente nacional. Por ello se envalentonaron un día agujoneados por un grupo de despiertos futuros dirigentes gremiales, que en ese gremio era de lo que menos carecían de habilidad, dado su habitual trabajo donde todos eran inmensamente vivos, despiertos y con una labia extraordinariamente flúida y fácil. Así fué cómo un día presentaron los tranviarios de Santiago a las autoridades de la Empresa demanda de aumentos de sueldos. Eran éstos ridículamente bajos: \$ 4.25 diarios para los cobradores y cobradoras, y \$ 5.— ganaban los maquinistas. A los altos Jefes de la Cia. Tranviaria los llenó de sorpresa este audaz e insensato petitorio de unos cuantos "locos", según textuales palabras que manifestaron por lo pedido, refiriéndose a esos mentados dirigentes. Le rechazaron al gremio sus "atrevidas demandas" y pliegos, en que lo primordial que pedían eran sueldo diario de \$ 5.— para cobradores, y \$ 6.— para los maquinistas. ¡Habíase visto tupé igual! pedir \$ 5.— y \$ 6.— de salario diario para esos tranviarios. ¡No había duda, estaban locos! Pero para destacar viso de firmeza a sus peticiones los tranviarios, dieron prueba de singular y férrea voluntad, como protesta de que no los habían llevado mucho de apuntes en sus pedidos, decidieron dejar los carros parados en las calles abandonándolos todos, y salieron al centro de sus actividades, ordenadas filas, porque ese desfile tranviario de todo tendría, pero

menos de orden y disciplina. Sus columnas bulliciosas más parecían colegiales de primer año Primario que los llevaran a paseo al ce- rro, a adultos en clima de huelga. En esa ocasión, también se apro- vechó para salir a tomar aire de calles a un flamante estandarte de confección casera aún sin estrenar. Era éste de paño de felpa azu- lino con muchas letras, formadas con sencillas lentejuelas luminosas la leyenda: "Federación Tranviaria N° 1, Santiago". Quizás si al- guna vez se formó la N° 2 y la de los siguientes números, eso nunca se supo ni se sabrá. De abanderado de este cuadrado trapo de felpa, colocado en una asta de madera barnizada, iba un maqui- nista flaco y largo como álamo, que por apodo le timbraron el sobrenombre de: "Palo de Teléfono", sobrenombre que se avenía por su alta estatura que tenía, y que lo comparaban simbólicamente con los típicos altos postes antiguos, que sostenían en su parte muy alta los cables telefónicos de antaño, de los cuales estaban sembra- dos antiguamente las calles de Santiago.

Para hacer más llamativo su desfile y que llamara la atención de los transeúntes que se encontraban por las calles capitalinas, optaron por el sistema de gritar y cantar estribillos. Los transeün- tes novedosos, que de éstos está plagado el 99% de las calles, se pa- raban a verlos pasar y poner oído aguzado, a tal cual palabra o frases que se les salían de las gargantas, no muy humanísticas, y desconocedoras total del Manual de Urbanidad de Carreño. Los manifestantes, audaces y originales, las voceaban poniéndose en la boca la mano a manera de megáfonos, para que éstas salieran más sonoras y retumbantes, y con una dudosa melodía que más parecía sonsonete, cantaban estas coplas:

¡Seis pesos para los maquinistas!
 ¡Cinco pesos para los Cobradores!
 ¡y abajo los piratas!
 ¡del Gremio de Inspectores!

Al fin después de muchos bulliciosos desfiles, los gringos opta- ron por lo más sensato: ceder. Fueron tolerantes con las exigencias de su bravo y arriesgado personal mixto. No sin antes haber habido innumerables accidentes, unos graciosos, y otros ingratos, hechos de traición. de unos pocos felizmente, en contra de sus mismos intereses que les incumbía a sus estómagos. Eran estos perso- najes que vestían su doble personalidad, la de tranviario-huelguista y "rompe huelga" de los Tranviarios. Eran así con este epíteto

conocidos, que estando la totalidad del gremio paralizado en huelga, ellos se presentaban a los Depósitos, hangares de los tranvías, a ofrecerse sacar los carros a la circulación. Cuando les sorprendieron sus compañeros su cómodo doble juego, tomaron a uno de éstos especímenes Judas modernos, "Krumiros", como los han bautizado en la nueva jerga popular internacional, lo acogotaron en plena Plaza Italia, echándolo adentro de un gran saco vacío papero, que fué un misterio como ahí apareció ese vequino envase, que iría a servir de mortaja a ese poco recto y venal compañero, que era un discreto maquinista. Después que lo embutieron en él, cooperaron en esta curiosa faena un grupo numeroso de tranviarios que parecían jaurías de hombres rabiosos, dispuestos a dar una demostración práctica de fuerza y... de escarmiento, ¡vaya si lo era!, que les sirviera de lección a los otros posibles traidores que podrían destaparse en el futuro. Una vez en el saco el maquinista mercenario, se le amarró bien la tapa del saco con un grueso cordel, una vez ésta bien asegurada, con un largo lazo de apero de silla de montar, se le afianzó bien fuerte en el saco de carga humana, quedando seguro para dar comienzo a la penitencia que le tenían reservada a este venal compañero. Se dió principio al castigo, dejándolo bajar lentamente por el muro de la costanera del río Mapocho cerca del Puente Pío Nono. Lugar ése que corrían sin cesar las aguas siempre color tierra, y era conocido en ese entonces por el curioso nombre de las Cajitas de Agua. Bajaban así de a poco el movedizo y pateador saco papero; pero que esta vez no iba lleno de ningún producto de agricultura ese envase para tubérculo, iba en él en poca comfortable posición, un hombre que iba a recibir su bautizo, no de fuego ni voluntario, sino que forzado. Iba quizás hasta tragar esa poca potable agua de este río Metropolitano anciano, y vulgarísimo Mapocho. Porque ciertamente este apresado y ensacado maquinista, fué débil de carácter para sostener y ayudar simbólicamente al movimiento que se había abocado con su adhesión de paralizar su trabajo, cometiendo la gran torpeza de ir a ofrecerse para ir él sólo manejando un carro, manifestando con su actitud, un completo divorcio con sus otros compañeros de labores. Ahora ahí dentro de ese gran saco de yute, le estaba tomando el peso a su ingrata acción que quiso cometer: traicionar a sus compañeros en huelga. Pero ahí no era sitio para lamentaciones y arrepentimiento, porque los que eran sus compañeros de trabajo, y con varios de ellos había laborado junto en el mismo carro, o se había relevado con ellos, esos mismos ahora estaban actuando como jueces, y lo estaban descendiendo adentro

de ese saco papero por el muro hacia las aguas del bullicioso y torrentoso Mapocho, con evidente intención que lo que él se imaginaba, y cualquiera adentro del saco lo había pensado igual. Que trataban de matarle, ahogándolo; pero no era así, los enojados y furiosos tranviarios a pesar de su razonable "pica" con este traidor. Sólo le querían obsequiar a su descarriado colega, un tremendo suso para que aprendiera a ser leal con el gremio en que él laboraba. Al descenderlo lentamente, lo sumergían en el agua torrentosa no cristalina del Mapocho el saco con el hombre adentro unos instantes, lo justo para que no se fuera ahogar, luego lo alzaban unos centímetros de la superficie para darle respiración adecuada, y... que no fuera pasar para "el otro lado". Así estuvieron largos minutos en esta rara faena, eran minutos, pero para el ensacado eran y le parecían horas de 60 minutos, de la cual cada 4 minutos matemáticos y exactos, era hundido en su empaquetadura de saco papero, para saldar su pilatunada que había cometido.

Cerca de dos horas estuvo sumergiéndose y emergiendo tomado y colgado del lazo, ese macabro saco con su humano contenido vivito y coleando. Cuando ya estimaron estos compañeros-jueces que ya estaba bueno la "atrincada" que le habían pegado al acusado y ajusticiado compañero, acordaron dejarlo en libertad, ascendieron definitivamente el pesado bulto que estilando fango Mapochino, elevábase por el alto muro lateral de piedra lado Sur del río. Una vez que descansó el saco húmedo en tierra firme fuera del río, le sacaron el firme y grueso lazo vacuno que cruzaba su contorno dejándolo ahí solo. Cuando vieron que éste embarrado saco cobraba movimiento, revolcándose solo, dando muestra de vida, aunque no era visible ninguna característica de fisonomía humana personal alguna, ellos entonces decidieron alejarse prudentemente, tomando lógica y humana precaución, que no fuera haber testigo ni menos les viera algún guardián de la Policía. Porque tramitaban una despedida a tan "magnánima" actitud gremial. Hicieron todos a un tiempo dar vueltas y vueltas el saco aún estilando de agua, cuando notaron que ya estaba en la posición que ellos querían que estuviera que no era otra que tener a mano, es decir, no a mano propiamente hablando, sino al alcance de sus pies, la parte media posterior de toda figura humana llamada las asentaderas. Eran vengativos, pero no chacales, al elegir esa parte de la anatomía carnuda, para lo que conminaron todos casi a un tiempo con escasos segundos de diferencia, a propinarle ahí, en ese preciso sitio nalgado, una salsa

tupida y armónica serie de patadas, que se las propinaban acompañadas con no muy decentes recomendaciones como éstas:

- "¡Toma Judas e los Tranviarios!"
- "¡Ahí tenis chanco tu merecio!"
- "¡Toma pa qué aprendai a hincártele a los gringos!"
- "¡Esto te servirá escarmiento lambepata!"
- "¡Anda ahora a ofrecerte salir a trabajar pús chanco mugriento!"
- "¡Con esta pateaura y mojaura, te va a quear recuerdo pa siempre Krumiro desgraciado!" ...

A todas estas expresiones de enojo colectivo, eran rubricadas al final con unas groserías inmensas, muy chilénísimas del lenguaje folklórico que las letras de moldes no le admiten cabida en sus prensas, ni menos tampoco aceptan tales conjunciones de palabras la Real Academia de la Madre Patria. Así fué como se le castigó a ese traidor tranviario. Casi se le ahogó, casi se le mató, y recibiendo como punto final, ¡y qué puntito final! una fenomenal paliza de patadas, pero propinada con precisión, sólo en... salva sea la parte nada más...

ROLLOS FULLEROS Y "MISTERIOSOS" — PARA QUE NO LO PILLARAN, NO LE QUEDO MAS REMEDIO QUE...

Volvamos a ver los episodios que hicieron historia en el ambiente tranviario santiaguino. Timoteo Villalobos, que aun se recuerdan sabrosas anécdotas de ese tipo, que fué el más singular, y extraordinariamente hábil, ingenioso, y... sinvergüenza que haya pasado jamás por industria alguna. Pero así como habían Cobradores hábiles para burlar toda suerte de fiscalización que les hicieran, habían también "Sabuesos Inspectores", y uno de ellos era un tal Jefe Márquez, a éste era difícilísimo "hacerlo leso", pero Timoteo Cobrador 215, estuvo a punto de burlarlo y reírse de las condiciones detectivescas naturales que lo había dotado la naturaleza. Era lo eran entre los más audaces y decididos Cobradores: ¡vaya si lo eran con largueza en esta cualidad estos cooperadores y co-equipo de los conductores y maquinistas!, andar equipados en sus innumerables bolsillos interiores tapados a la vista de los extraños, sendos, voluminosos, y gruesos rollos de "boletos propios" que dis-

ponían de permanente "stock", para cuando se... "les terminaban" los verdaderos. Estos "originales" y nada legítimos implementos impresos que justificaban un pago de pasaje, era un simulacro ciertamente de honestos boletos, por cuanto este rollo "casero" y "hechizo", era un rosario de ex boletos pegados de diversos colores, serie y numeraciones tan deshermanables uno de otro, que esos truhanescos rollos más se asemejaban a muestrario de papeles de diversos colores, que al legítimo rollo de boletos dado por la Empresa. Lo fabricaban ellos mismos, con material de ese que todo pasajero desdeña con fría indiferencia al final de su viaje, y lanza al suelo o al piso del tranvía el comprobante de su pago, teniendo ellos después el "arduo y paciente trabajo de hormiga de recolectarlos, asearlos levemente, acariciando a algunos luego con plancha caliente, y por último, pegarlos con un mal engrudo de uno en uno sólo por una de sus puntas. Y cuando ellos "trabajaban"... "corrían con colores propios".

Así estos magros y torpes falsificadores, competían con los trabajos específicos de la industria que hiciera nacer un alemán de Maguncia. Y con esta laboriosidad de abeja digna de más alta causa, se fabricaban ellos rollos propios para "su consumo particular", además, sus familiares, sin pizca ni brizna de arrepentimiento, ni el menor asomo de cargo de conciencia, "fabricaban" y producían robustos y gordos rollos de boletos multicolores que les salían muy gruesa la cosecha, y éstos se igualaban en lo grueso aun real rollo de churros comestible español, y otros eran dignos del tamaño del rollo de una cinta de uso telegráfico. Así eran los que se "exportaban" para el consumo exterior de la casa, teniendo estos caseros rollos brujos, una continua demanda y exceso de pedido, los cuales, los cobradores "avispados", se encargaban de colocarlos en el "Mercado"... (cada uno en su carro), cada vez que ellos tenían la ocasión y "le metían" a los benditos y confiados clientes boletos del "rollo enfermo" Gracia que le reportaba una ganancia del 100%, claro que siempre con el ojo avizor y despierto del "peligro azul". Y cuando este molesto matiz de color, no se avistaba en lontananza del recorrido, guardaba estos cobradores con rapidez vertiginosa solemnemente el rollo verdadero, el impecable, el legítimo, y virgen, sin asomo de trizadura ni corte alguno en su total largo, tal cual lo habían despachado así la severa máquina gráfica de la imprenta, correcta y cumplidora. Ya éste "guardado" y descansando en el fondo de un bolsillo del incorrecto empleado, sacaba éste de su trasero bolsillo del

pantalón, "el rollo fulero", el rollo mercenario, indigno de legitimidad, el que en tan distintas fechas se había producido la venta de cada uno de sus cuadritos su legal venta, y distanciados de una inconmensurable porción de tiempo uno de otro. Pero ahí estaban ahora todos reunidos por obra y gracia del cobrador lince, y de la propiedad inconmensurable, pegativa del vulgar y cocido engrudo de harina de trigo...

Timoteo Villalobos, cobrador 215, iba ese día muy escaso de dinero. Cosa no habitual por sus múltiples actividades que hacía desarrollar su cerebro al compás de sus habilidísimos dedos de ambas manos. Para esto era un genial ambidextro colosal. Trabajando iba ahí por un caso especial, en la cobranza de un carro de la aristocrática línea 25 Quinta Normal. Corría el carro hacia el barrio alto, el barrio más arrogante y vanidoso que existe en el gran Santiago del Nuevo Extremo, corría por la Avenida Providencia. El carro éste en que tenía la infelicidad la Empresa, pues habíale confiado a Timoteo que se encargara del cobro del pasaje! Timoteo, cobrador 215, a todos les cobró, no le quedó ni uno solo que viajara sin su correspondiente boletito, pero... Timoteo les había cobrado con... ¡su "rollo propio"! Cortó todos los boletos del rollo de su cosecha; jamás nunca había puesto más empeño en la cobranza cobrador alguno. Que nadie se le fuera a ir de "pavo", eso pretendía Timoteo.

El carro venía apretujado como granos de mazorca a esa hora del medio día, hora en que multitudes de personas vuelven a los comedores de sus casas, a engullir todo lo que traigan desde la cocina. Así Timoteo ponía un empeño inconocible de cobrador eficientísimo. De una energía e interés en su labor de cobranza poco común. Esto llamó la atención a más de algún pasajero mitad chileno mitad gringo. Todos repararon en este rarísimo cobrador tan descaradamente empeñoso para no dejar que nadie se escabullera del correspondiente pago.

Un hombrecillo del pueblo, y por eso hábil para la frase lapidaria y oportuna, lanzó una frase por lo bajo, tratando que no lo escuchara Timoteo, exclamó a un tono prudente:

— "¡Chi!, ¡este cobrador parece que fuera accionista de la Compañía!, ¡es más cobrador que las ánimas, no deja pasar ni el aceite!"

¡No iría hacerle empeño y derrochar energía en la recaudación!, cuando estaba vendiendo boletitos propios! El rollo legítimo

de la Empresa, lo había "fondeado" en su bolsillo trasero del pantalón, muy escondido de la indiscreta vista de algún intruso. Corría el carro indiferente, indolente e inconsciente de lo que iban consumando arriba de él, por la Avenida Providencia; Timoteo Villalobos, audaz como siempre, anhelante, confiaba llegar luego al Terminal su tranvía, y descansar su incertidumbre, porque aún no había pasado el "julepe", y el peligro que lo sorprendieran haciendo su pingüazo negocio, ¡cobrar, cobrar y cobrar y... todo para él!

Quiso ese día que sorpresivamente la cara confiada, alegre y cinica de Timoteo cambiara de tono el color de su cutis ya calloso por las circunstancias. ¿Qué había sucedido? ¡Casi nada! En la esquina de Antonio Varas con Providencia, le había subido un Inspector a demostrar su labor, a fiscalizar, a revisar prácticamente el estado de la cobranza de este cobrador...

¡Timoteo se encontró perdido...!, momentáneamente no más... ¿lo irían a pillar?, ¿le sorprendería el Inspector al revisar los viejísimos saltados, extraños boletos que vendió a destajo allí? Pero para esos momentos angustiosos y críticos, disponía el cobrador 215 de su gran cabeza para hallar una solución a este encajado instante. ¡Vaya si la encontraba siempre! Pero en esta especialísima ocasión era difícil su salvación, de tan poco honrado empleado. Pero se salvó. No lo pillaron, y no le pasó nada. ¿Hubo soborno?, ¡no! ¿Complicidad? ¡no!, ¿tolerancia y perdón?, ¡no! ¿Entonces cómo se valió que no fuera sorprendido robando? ¿Cómo vamos a relatar en seguida este hecho increíblemente audaz de este cobrador:

El Inspector que desgraciadamente había subido a revisar el carro, controlar si acaso los boletos que vendía eran legítimos, o si habían pagado todos sus pasajes y llevara cada cual su boleto, era muy estricto y sancionador. Se le conocía más por el sobrenombre que su apellido, le decían "Cara de Perro", mote alusivo que se lo había ganado en buena lid, sin reclamo de nadie. "Cara de Perro" era el representante directo de la Empresa en esa calle. Al pedirle a Timoteo su hoja de control para verificar su contenido, se aprontaba a exigirle le mostrara el rollo de boletos para apreciar y sacar la cuenta mentalmente cuántos pasajes ya había cortado, debían ser muchos los boletos que tenía que haber desprendido del rollo e ir a parar a las distintas manos, todas algunas, perfiladas otras, finísimas y dulces aquellas, porque

el al subir aún el carro iba tan lleno de público, como el vulgo dice, de "bote a bote"; en esos precisos momentos Timoteo, cobrador 215, optó a jugarse el todo por el todo para no ser humillado. Y lo que tuvo que verse obligado a cometer por un natural "instinto de conservación", fué muy original, que si bien es cierto era lo único, sólo lo posible que le quedaba por hacer, para evitar ser pillado ir vendiendo "boletos brujos", y felizmente, su audacia tuvo éxito.

El sabía que este Inspector "Cara de Perro" ¡no lo iría a saber Timoteo Villalobos, generalísimo de los avivados de la malicia y de astucia!, era sufrido de los pies. Tenía callosidades plantares, que evidentemente mostraba y exhibía al andar. El pobre hombre tenía callos, y debían ser muy prominentes estas durezas invisibles encima de sus dedos, porque parece que si hubiera existido una dinastía real de los males físicos entre los humanos, este Inspector, debía optar sin rival alguno, al título de: "Emperador de los callos". Por eso, convencido de esto Timoteo, esperó que el carro al partir diera su natural embión, barquinazo que despierta la inercia de todos, aprovechó esta reiniciación del viaje y confundió y le pisó Timoteo intencionalmente con un taco encima de uno de los pies de este pobre hombre lleno de callos, que era su jefe superior, sabiendo que este inhumano tacazo o pisotón, era necesario. ¡Era su salvación! Cuando recibió este bombástico tacazo el pobre Inspector, quedó desarmado como Jefe, y deshecho como persona. Quedó aniquilada su jerarquía. El dolor de sus callos con el pisotón "liberador", debió de haberle llegado a todos los nervios sensibles de su cuerpo que iban al cerebro, aún más, el dolor parece que le llegó hasta su placa metálica de la gorra, y se quejó tan fuerte del dolor que bramó y gritó: —"¡Ay, ay, ay, yai!, me pisó los callos usted!, ¡tome!, ¡tome!, me voy a bajar, no voy a poder revisarle, ¡tome!, ¡tome su carpeta!" —decía en forma tan angustiosa y lastimera, que Timoteo le tuvo un instante compasión a su pisoteado Jefe. Pero le duró poco esa compasión. En el próximo paradero se bajó todo compungido, con sus pies doloridos. Parecía que este Inspector andaba con muletas, y que éstas las había dejado olvidadas arriba del carro. Francamente, muy poco digno y escuálidamente ceremonioso era el cuadro que presentaba este Inspector uniformado en tan lastimosa situación, sobábase repetidamente el empeine del pie pisado, con la cara llena de transpiración, ya próximo al desmayo.